



Manuel de Cabanyes

Preludios de mi lira

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Manuel de Cabanyes

Preludios de mi lira

Advertencia

Para la publicación de estas poesías no han mediado ni ruegos de amigos, ni anteriores ediciones incorrectas, ni las mil y tantas razones que suelen acompañar los prefacios de obras más graves que esta. El natural deseo que un novel escritor tiene de ver sus garabatos puestos en letras de molde, el ansia de saber el concepto que formarán de sus primeras producciones ojos más perspicaces que los suyos y menos indulgentes que los de la amistad; estas son las únicas causas que me han incitado a dar a luz estos Preludios. Si enmascarándome con impertinente modestia, no viese en ellos más que desaciertos, no sería tan sandio que me arriesgase a publicarlos: si empero mis ojos preocupados no admirasen en ellos más que primores, no soy tan exento de amor propio, que en este caso quisiese guardar un oscuro incógnito.

Creo que esta declaración sencilla y franca valdrá todas las excusas que en favor de estos ensayos pudiera alegar. No encareceré por lo mismo las dificultades que un catalán ha de vencer para escribir en una lengua cuyo estudio le es tan costoso como el de cualquier idioma extranjero; pues con razón podrían contestarme que nadie me obligaba a escribir, y testarme que sin mis poesías poco perdiera la literatura española. Y aunque no pocas veces las obras de las Musas han sido un objeto de tráfico, tampoco haré valer como pudiera mis privilegios de menoridad. Tengo muy presentes las malhadadas chufletas que esta advertencia acarreó contra el primer poeta del siglo por parte de los Revisadores de Edimburgo, y no quiero yo exponerme a otro tanto con menos ventajas que el noble Lord.

Sin embargo, una dote preciosa llevan consigo estas poesías, y es que son pocas. Con ella, lector, yo espero que buenas o malas no llegarán a causarte hastío; pero, concluyendo con palabras de lord Byron, ya que de él hemos hablado, «si nos entendemos, nos encontraremos otra vez; y si no, yo solo molestaré tu paciencia con este corto ensayo. ¡Ojalá que todos siguiesen mi ejemplo!

I. La independencia de la Poesía

Como una casta ruborosa virgen

Se alza mi Musa, y tímida las cuerdas

Pulsando de su harpa solitaria,

Suelta la voz del canto.

Lejos ¡profanas gentes! No su acento
5

Del placer muelles corruptor del alma

En ritmo cadencioso hará suave

La funesta ponzoña.

Lejos ¡esclavos! lejos: no sus gracias

Cual vuestro honor tráfico y se venden;
10

No sangri-salpicados techos de oro

Resonarán sus versos.

En pobre independencia, ni las iras

De los verdugos del pensar la espantan

De sierva a fuer; ni, meretriz impura,
15

Vil metal la corrompe.

Fiera como los montes de su patria,

Galas desecha que maldad cobijan:

Las cumbres vaga en desnudez honesta;

Mas ¡guay de quien la ultraje!
20

Sobre sus cantos la expresión del alma

Vuela sin arte: números sonoros

Desdeña y rima acorde; son sus versos

Cual su espíritu libres.

Duros son; mas son fuertes, son hidalgos
25

Cual la espada del bueno: y nunca, nunca

Tu noble faz con el rubor de oprobio

Cubrirán, madre España,

Cual del cisne de Ofanto los cantares

A la Reina del mundo avergonzaron,
30

De su opresor con el infame elogio

Sus cuitas acreciendo.

¡Hijo cruel! ¡cantor ingrato! El Cielo

Le dio una lira mágica y el arte

De arrebatarse a su placer las almas
35

Y arder los corazones;

Le dio a los héroes celebrar mortales

Y a las deidades del Olimpo... El eco

Del Capitolio altivo aun los nombres,

Que él despertó, tornaba
40

Del rompedor de pactos inhonestos

Régulo, de Camilo, del gran Paulo

De su alma heroica pródigo, y la muerte

De Catón generosa.

Mas cuando en el silencio de la noche
45

Sobre lesbianas cuerdas ensayaba,

En nuevo son, del triunviro inhumano

La envilecida loa;

Se oyó, se oyó (me lo revela el Genio)

Tremenda voz de sombra invindicada
50

Que «Maldito, gritó, maldito seas,

»¡Desertor de Filipos!

»Tan blando acento y a la par tan torpe

»Tuyo había de ser, que el noble hierro

»De la patria en sus últimos instantes
55

»Lanzando feamente,

»¡Deshonor! a tus pies, hijo de esclavo,

»Confiaste la salud: ¡maldito seas!»

Y la terrible maldición las ondas

Del Tíber murmuraban.
60

II. El Oro

Pacto infame, sacrílego

Con el Querub precito celebrara

Aquel que a un metal pálido

Primero dio valor innmerecido.

Lanzó del hondo bátrato

5

El rey con mano avara el don funesto

Y al ver en ansia férvida

Arrojarse el mortal a devorarlo,

¡Ay! sonriose el pérfido,

¡Feroz sonrisa! y dijo: «El orbe es mío.»

10

Bañada en santas lágrimas

Con velo de dolor cubrió el semblante

La Virtud, y al Empireo

En alas vagarosas tendió el vuelo.

¿Qué de entonces los vínculos

15

Del Deudo y la Amistad? la sacrosanta

Fidelidad del tálamo?

La Fe del juramento? la Constancia

Burladora de déspotas?

¿Qué de entonces las leyes generosas

20

Del Honor, y en las bélicas

Lides el Entusiasmo de la Patria?

¡Prole sacra de Númenes!

Despareciste: solo, único el oro

De los hombres fue el ídolo;
25

Y a porfía en sus aras ofrecieron

Penas, trabajos ímprobos,

Simulada virtud, torpeza, crimen...

Sitibundos hidrópicos,

Cuanto más beben, más en sed se abrasan.
30

Ni mitigan el ávido

Furor cuantos mineros desde el suelo

Nebuloso del Anglia

A la mansión sonora de Adamástor

Y de las playas Índicas
35

A los campos de Luso deleitosos

La tierra oculta. Incógnitas

Regiones sueñas en su afán, las buscan

Y a merced de los rábidos

Vientos y embravecida mar incierta
40

Lanzan los vasos frágiles.

Tú viste ufana el temerario arrojó

De tus hijos ¡oh Hispania!

Tú de sus manos recibiste altiva

La corona de América...
45

¡Joya fatal! ¡jamás te ornara oh Madre!

Y en extranjeras márgenes

De tu seno arrancados no murieran

Por la flecha del Indio

Y ¡oh dolor! por la espada de Toledo
50

Tus malogrados jóvenes:

No en daño tuyo las peruanas sierras

En raudales mortíferos

Del ansiado metal ríos brotaran

Que tus campiñas ópimas
55

Convirtiendo cual lava abrasadora

En desiertas, en áridas,

Corrieron a engrasar extrañas gentes:

Y ¡oh! no fueras escarnio

De tus lejanos hijos, que abatida
60

Mirándote, en sus ánimos

Ingrato ardor de rebelión encienden

Y con sus manos ímpias

La diadema a tu sien arrebatando:

«Esta sola la mácula,»
65

Dicen, «borrar podrá que en nuestras frentes

»Vincularon los crímenes

»De nuestros padres: tú ya no eres digna.»

De los Pampas al México

Un clamor «¡Libertad!» fieros arrojan.
70

Y los odiosos vínculos

En insoldables trozos quebrantados

En las simas de Océano

Hunden ¡ay! que jamás sus presas vuelve.

III. El Cólera-morbo asiático

A fuer del adalid que en hora aciaga

Sus moradas de hielo abandonando,

El bello Mediodía

Inundó en llanto y sangre,

Hizo bambolear el Capitolio

5

Y el Azote de Dios fue apellidado;

Nuncio así de terror, nuncio de muerte,

Circundado de Sármatas guerreros,

Sobre el suelo de Europa,

Morbo letal, despeñas

10

Tu carro asolador, y desde el Ganges,

Tumbas cavando, el Bósforo traspasas.

Doble vallado de aceradas puntas

Quiere en balde atajar tu asoladora

Marcha: tus venenosos
15

Prestos golpes en balde

Reconocen los hijos de Esculapio;

Y a la sorda Natura en balde invocan.

Vencido el arte y el poder, tú ufano

De la desolación corres la senda
20

Misterioso y terrible:

So el velo que te encubre

Al Ángel de la cólera divina

El justo creyó ver con su ígnea espada.

Pero de tu poder, crudo extranjero,
25

Hace burla la Europa corrompida;

Y tu émula en estragos,

«¡Ola! veremos, dijo,

»Quien envíe más víctimas al Orco

»Y cuales sean víctimas más nobles.»
30

Así la impía: su malvado acento

A los buenos incita y a los viles;

Suena el clarín de guerra;

Levántanse los fieros

Que en sueño reposaban, desde el día
35

Que dejó de brillar el astro Corso.

¡Ay! ¡qué de sangre scita y trace inunda

Las faldas de Balkan! ¡Ay! ¡cuántos vuelca

Extinguidos guerreros

El Vístula aciago!

40

¡Cuánto de lloro apaga vuestras lumbres,

Flamencas madres, Bátavas esposas!

¿Otra vez para horror del universo

Queréis, oh Galos, con un mar de sangre

Regar esa extranjera

45

Planta, que en vuestro suelo

No arraigará jamás, y cuyos frutos

En criminal furor os embriagan?

Y estas que ora aprontáis armas impías

¿Adónde, adónde, oh Lusos? ¡Ah! ¡estas armas,
50

No fueron estas armas

Las que en sus altos hechos

A Gama acompañaron y Alburquerque,

Y el lauro os conquistaron de la gloria!

¡Tened!... ¡Jamás del sueño en que yacíais
55

Para tan negra lucha despertarais!

¡Tened!... Luchen los hijos

De la Ambición y el Odio;

La sacrílega lid ni un brazo ayude;

Ellos solos al orbe escandalicen.
60

¡Crimen! ¡infando crimen! Una el habla,

Unas las aras son: corre la sangre

De un padre por las venas

De los dos contendores,

Y una mujer en su materno gremio
65

¡Ay! con dolor a entrambos concibiera.

¡Nudos bellos de amor! Al golpe horrible

Del hierro fratricida rotos caen:

Se estremece Natura,

¡Ay! ¿y las ves? Ya aullando
70

Sobre tus torres, oh Ulysea, vagan

Las furias de Montiel y las de Tebas.

IV. A un amigo en sus días

Ora que al Cancro abrasador vecino

Nos vuelve el Padre de la luz tu día,

Y tardo guía al piélagos de ocaso

Su ígnea cuadriga;

Índicas telas y chinescos vasos
5

Y candelabros de oro reluciente

Tu amigo ausente en prenda de cariño

Darte quisiera.

Pero, Batilo, la Deidad injusta

Que en rauda rueda sin cesar girante
10

Vuelve inconstante las humanas suertes,

Me lo prohíbe.

Me lo prohíbe; que de sus riquezas

En hambre torpe, a pérfidos tiranos

Nunca mis manos puras ofrecieron
15

Fétido incienso,

Ni vil lisonja mis vendidos labios;

Nunca me ha visto la africana orilla

En ímpia quilla sus tostados hijos

Arrebatarla.

20

Cultor humilde del pierio coro,

Tan solo aquestos, que en mi tosca lira

Ora me inspira, dedicarte puedo

Fáciles metros.

Dádiva pobre, más honesta y franca
25

Hija de un pecho que, Amistad, animas,

Y que tú estimas más que ricos dones,

Tierno Batilo.

Tú que del Pindo en su florida cumbre

Tal vez gustando el delicioso encanto,
30

Sabes del canto el poderío inmenso

Do se dilata.

¿Y qué sin canto y números sonoros

Fueran los héroes? Su brillante gloria

Con la memoria de su nombre hundiera
35

Ívido el Lethe.

Que, allá en los tiempos primitivos, otros

Más que el monarca de Itaca prudentes,

Y más valientes otros que el Pelida

Hélade viera;
40

Más densa nube cércalos de olvido.

¡Tristes! La suerte les negara airada

La voz sagrada que desiertas tumbas

Célebres hace:

Vagan las sombras plácidas en torno;
45

Y al grato son del cántico divino,

El peregrino dice: «So esta tierra

»Íncritos duermen.»

Fue, que Alejandro aquella voz oyera

Do goza Aquiles inmortal reposo,
50

Y «¡oh venturoso que un amigo hubiste

»Mientras vivías!

»Y ora en el lecho mortuorio halaga

»Tu paz eterna la meonia lira

»Que el orbe admira al relatar sublime
55

»De tus proezas.»

Dice y suspira, y humillado calla

Su antiguo ardor; mas hete que a deshora

Inspiradora de furor guerrero

Suena la trompa.
60

Férvida el alma con recuerdos nobles

Lánzase el Magno, y es su audaz cimera

La que primera, Gránico, tremola

Sobre tus ondas.

V. A Cintio

¡Ay! ¡De mi triste juventud, oh Cintio,

Cual se arrastran inútiles los días

Y sin placer! Un tiempo, de la gloria

La brillante fantasma su amargura

Con esperanzas halagó mentidas:
5

Tal centella, fugaz, artificiosa,

Lanzada entre las sombras de la noche,

Al inocente rapazuelo alegre

Y sus lágrimas calma mientras brilla:

Muere, y el lloro torna. Con su magia
10

Poderosa, invencible, la Hermosura

Colmó también mi corazón un tiempo

De aquel sumo gozar por quien los Dioses

El bienhadado Olimpo abandonaban

Y humanos seres a adorar venían.

15

Mas ¡ay de mí! la apetecida Gloria

Burla mi afán, y el cáliz del deleite,

¿Creyéraslo? comienza a serme amargo.

¿De qué, Cintio, sirvió que esa existencia

Del hondo caos la quietud dejase?

20

¿Y a qué mi puro espíritu sucias carnes

Vestir, y por veredas retorcidas

De bandidos sembradas y de monstruos

Buscar la patria y primitivo origen?

Amapola de vida momentánea

25

La frente saca de la tierra un punto;

Viene el arado del gañán, la troncha,

Y deja de existir. Gota lanzada

Del matinal rocío en la corriente

Del Orinoco, a las inmensas ondas
30

¿De qué sirve? Arrastrada a la par dellas,

Irá a morir sin pro y desconocida.

Breves y oscuros de la tierra al seno

Así mis días correrán llevados:

Sobre mi huesa la espinosa zarza
35

Como antes crecerá, y el viajero

Proseguirá sin percibir mis huellas:

No más profunda estampa del nocturno

Favonio, que pasó en callado vuelo,

Repara en su vergel la zagaleja.
40

Pero, ¿qué importa? ¿Y piensas tú que envidio

La suerte yo de aquellos que ufanoso

Para divinizar el propio fango

El mortal a los cielos encarama?

¡Oh Cintio! en su memoria embebecida,
45

No hace nada, la mente, sus ruidosas

Acciones recordaba, y yo el hinojo

Iba casi a doblar para adorarlos;

Cuando «¡Detente! en cariñoso acento

»Mi Genio me gritó: detén y escucha.
50

»Irremediable enfermo, trabajado

»De antiguos males es el mundo, y busca

»Medicamento en vano a sus dolencias.

»De su dolor en el angosto lecho,

»Manando pobre y la razón furiosa,
55

»Se agita, se carcome, se consume

»Revolcándose: ya en blasfemia impía

»Con labio inmundo al Eternal insulta;

»Ya humilde, arrepentido, prosternado

»Demanda su piedad: ora a la fuerza
60

»Se abandona del mal sin esperanzas,

»Ora la ciencia de mentidos sabios

»Invoca... ¡Oh sin ventura! a luengo agudo

»Padecer condenado, del momento

»Que inobediente de su Dios el hombre
65

»Fue al mandato primero, hasta el instante

»En que a la nada la creación tornando,

»Dirá la voz del Infalible: Basta.

»Ve aquí la eterna ley, y contra della,

»De esa estúpida chusma envilecida
70

»(Que por un pan de oprobio el honor suyo

»Vende y su vida miserable) el vicio,

»La ignorancia y maldad es tan inútil

»Como del Macedonio las victorias,

»Los sueños de Platón, y el celebrado
75

»Pensamiento de aquel, que a los Planetas

»Hizo danzar a guisa de la poma

»Que sus narices aplastó cayendo.»

Dijo, y finió sus últimas razones

Con risa estrepitosa: yo aturdido,
80

Bien fuese de dolor o de despecho,

Bien de placer, humedecido el rostro

Con el llanto sentí que derramaba.

VI. La misa nueva

¿Quién se adelanta modesto y tímido

Cubierto en veste fúlgido-cándida

Al tabernáculo mansión terrena

De Adonái?

Es Juan, oh fieles; es el mancebo

5

Que por los trámites marchó del justo

Y entre los ímpios guardó sin mácula

Su corazón.

Es... ¡Oh! prostraos: l'arpa de Sólima

Suena del templo ya por las bóvedas,
10

Ya Levi entona gloriosos cánticos

A Jehovah.

Prostraos, fieles, y vuestro espíritu

Y vuestro acento juntad al místico

Cantar del vate que oyó la ínclita
15

Hija de Sion.

Y al Dios ahora cantad benéfico

Que vuestros días colma de júbilo,

Que del amado pueblo no olvidase

En su penar.
20

¡Ah! no le olvida y un hijo escógrese

Entre sus hijos a cuya súplica,

Cuando en los áridos campos marchítese

La dulce vid,

Romperá el seno de nubes túrgidas
25

Y hará de lo alto descender pródiga

Lluvia, que el pecho del cultor rústico

Consolará.

Un hijo escógese cuyas plegarias

Tornarán mansa la eterna cólera,
30

Cuando ceñido de piedra y rayo

Asolador,

Sobre las alas del viento lóbregas

Volará el Justo contra los réprobos

Y so sus plantas truenos horrísonos
35

Rebramarán.

Bien como el Arco señal de calma

Que de los montes la yerma cúspide

Une a las altas salas esplendidas

Do mora el Sol;
40

Así él la tierra mansión de angustias

Juntará al trono del Dios ingénito

Y humanas preces bondoso el Numen

Escuchará.

Él, cuando presa de genios túrbidos
45

El orbe gima triste agitándose

Y en negros odios ardan los ánimos.

Y ansia de lid,

La ley de vida mansa y pacífica

Dirá que el Cristo dio a los Apóstoles
50

Y a los mortales en santos vínculos

Hermanará.

¡Oh! de su labio las infalibles

Dulces promesas ¡cuán grato bálsamo

Llevan al pecho del que sin mácula
55

Siempre siguió

De la justicia las sendas ásperas!

Y ¡oh! ¡cuál le colma de dicha célica

El pan angélico que sus purísimas

Manos le dan!

60

Pero de duelos nuncio terrible

Será y de penas y ayes sin término

Para el protervo que apacentose

De iniquidad;

Para el frenético que allá en su rabia

65

«No hay Dios» dijera, y al hombre mísero

De un Dios imagen cual fiera líbica

Encadenó,

Bajo sus plantas cual cieno fétido

Le conculcaba, reía bárbaro
70

De sus lamentos, y con su sangre

Mató la sed;

Y ¡mal pecado! cubrió sus crímenes

Con velos santos, fingiose méritos,

Mientras que el ímpio no conocía
75

Ni Dios ni ley.

¡Señor! ¡conviértele!... Nuestras plegarias

Une a las tuyas, oh sacerdote,

De los perdones celestes nuevo

Dispensador:
80

Unelas, cuando del sacrificio

En los misterios incomprensibles

Velado en gloria vendrá a tus brazos

El Hombre-Dios.

A su presencia del arpa armónica
85

Callan las cuerdas: el sacro cántico

Levi suspende, y humilde póstrase

El pueblo fiel.

VII. A mi estrella

¡Salve, luz de mi vida!

Guiadora gentil de mi carrera,

¡Estrella mía, salve!

Largo tiempo mis ojos te han buscado:

En el zafir celeste

Clavados largo tiempo, a tus brillantes

Hermanas preguntaron,

¡Ay! y a su voz ninguna sonreía.

Mas tú... yo te conozco,

Y tú me escucharás, Ninfa del Éter.
10

Sobre tus áureas alas

A tu mortal desciende que te implora,

Y así de su destino

La ley sobre su frente con un rayo

De tu corona escribe:
15

«Ciencias vanas que el alma ensoberbecen

»Y el corazón corrompen,

»Favor de plebe y dones de tiranos

»Este mortal desprecia:

»Ni asesino de déspotas, ni siervo
20

»Será, ni de virtudes

»Enseñador que ultrajan los mortales

»O mofan, ni de leyes

»Artífice que a guisa de ramerías

»Con desdén o con saña
25

»Miran al infeliz, y al poderoso

»Cariñosas sonríen.

»¡Hombres! pensad, mas permitid que piense:

»Dejad pasar su carro

»Que no él el vuestro impedirá que marche.
30

»De vuestra fantasía

»Los ídolos amad: él nada anhela

»De lo que amáis vosotros.

»Del corazón en el altar, do tiene

»Pocos nombres inscritos,
35

»Arde una llama pura, inmensa, eterna:

»¡Hombres! ella le basta;

»Nada quiere de vos mas que el olvido.»

Finiste, amada Ninfa,

Y agradecida el alma te bendice.
40

Sobre tus alas de oro

Vuelve otra vez a tu mansión celeste:

Yo lejos de los hombres

Levantaré mi choza solitaria,

Y mis oscuros días
45

Con tu luz regiré modesta y pura.

Del perdón en las aguas

Me lavaré, y envuelto en mi inocencia

Veré caer y alzarse

Y otra vez sucumbir reyes y pueblos:
50

Por altos conductores

Veré a un arena vil viles rebaños

Guiar de humanas fieras,

Y apedazarse, devorarse, el alma

Saciar de los caudillos

55

Con cenas de matanza y de carnaje:

Horrorosas contiendas

Que encienden solo cuantas de infierno hijas

Rabiosas pasiones,

Desde que existe, al universo asuelan,

60

En máscaras hermosas

Siempre velado el lúrido semblante.

¡Yo lo veré -con llanto!

Pero mi pecho latirá tranquilo.

Del Ida allá en la cumbre
65

Así al Saturnio el gran cantor nos pinta

El áspera refriega

Contemplando de Téucros y de Aquivos:

Caen los héroes; rojas

Con la sangre las límpidas corrientes
70

El Janto y Símois vuelcan;

La faz llorosa y suplicantes manos

Al Olimpo dirigen

Las Dárdanas esposas y las madres;

De las Deidades mismas

75

El feliz corazón palpita inquieto:

Y calma goza eterna

El Padre de los hombres y los dioses.

VIII. A Marcio

Por la angosta senda de Garraf ríscoso

Corcel desbocado dirigir sin riendas,

O por las furentes olas del Egeo

Barquilla regir,

Más fácil te fuera que por rectas vías

Conducir, oh Marcio, la mísera patria

A la bienandanza que tu mente sueña

En noble ilusión.

¿Qué prestan tus leyes? ¿qué prestan, si al crimen,

Rompido el precepto que inspira Natura
10

Y consagra el Numen, el hijo de Iberia

Despéñase audaz?

Y befa y ultrajes prodigando al justo

Enhiesta la frente va el Vicio asqueroso

La pálida frente que el velo desdeña
15

Del muerto Pudor:

Do quiera rencores, molicie do quiera,

Y sed de rapiña descarada y torpe,

Y un tráfico horrible de cuanto más sacro

El mundo adoró...
20

¡Oh tiempos felices aquellos antiguos

Que bárbaros llaman noveles doctores!

Hipócritas hace, corazones duros

La hodierna luz.

Al menos entonces del honor la palma
25

De un Barón idiota cercaba el almete,

Y un hidalgo acero sostener podía

Un franco mentís.

No itálicas solfas, no gálicas danzas

Supieron, más libre de afectos villanos

30

So la férrea cota, corazón sin tacha

Sintieron latir.

¡Costumbres sin arte! ¡severas costumbres

De nuestros abuelos! ¿do estáis? ¡qué a la cima

De la gloria alzasteis poderoso y bello

35

De España el blasón!

Finieron los héroes: de madres impuras

El impuro seno progenie bastarda

Tan solo concibe, bastarda progenie

Cobarde y falaz.
40

¡Eh! mienten aquestos: son prole de vicios,

No prole de aquellos preclaros varones

Que en lucha continua blandiendo la lanza

Cansando el trotón,

Lanzaron al Árabe al desierto antiguo
45

Y la Cruz bermeja con mano robusta

Sobre el eclipsado menguante erigieron

Del vencido Islam.

Y en las patrias Cortes el bien de los pueblos

Trataban sesudos, o a las demasías
50

De reyes aviesos oponían firmes

Prudencia y valor.

Bien fuiste tú entonces, oh Burgos, testigo

De noble constancia, cuando de Castilla

En santa Gadea juntados los Grandes
55

Ante el nuevo Rey,

Se alzó un Caballero: varonil talante,

Majestad y gracias dicen que es Rodrigo,

Aquel que en buen hora naciera, al que llaman

El Cid Campeador.

60

«Ni fe ni homenaje, señor rey Alfonso,

»Prestaros no quiere quien de leal blasona,

»Si a lo que os pregunte, con solemne jura

»Vos no respondéis.

»¿En la muerte aleve del buen rey don Sancho,

65

»Que en gloria se goce, vos, Rey no tuvisteis

»Nada que culparos? -No. -¿Della no os plugo?

»¿La esperasteis? -No.

»-Hayáis mala muerte, si a la verdad santa

»Faltareis, Alfonso: vuestro cuerpo engorde
70

»Carnívoras aves, y sea vuestro alma

»Presa de Luzbel.

»-Amen» el Monarca tres veces repite,

Mas la saña esconde que pronto, oh Jimena,

Por el caro ausente lágrimas cual viuda
75

Te hará derramar.

IX. El estío

Gala y beldad y juventud y copia

De frutos varios ufanosa ostenta

Natura; y hombres, brutos,

Inanimados troncos,

Rudos peñascos y ligeras auras
5

De la gran madre la fecundia sienten.

Desde el alto cenit, el que en su seno

Derramara calor vivificante,

Monarca de los días

Se huelga en contemplarla;
10

Y los bridones férvidos reprime,

Que el carro arrastran en tardío curso.

¡Astro mayor del firmamento, salve!

¡Desparcador de tempestades, fuente

De luz, amor del mundo!
15

Sobre los cerros patrios

Hijo yo del ardiente mediodía

Vengo a adorarte ¡oh Sol! y en ti me gozo.

¡Divinidad! ¿de esos ardientes rayos

Inspiradores de entusiasmo y vida,
20

Porque al poder inmenso

Las testas de los héroes

Lozanas otra vez no se resucitan,

Como el fresco botón de la azucena?

Y las que yacen en silencio antiguo
25

Ciudades de alto nombre entre ruinas,

¿Por qué otra vez sus torres

Y gigantes murallas,

Cual de hojas nuevas pirenaico abeto,

De activa muchedumbre no coronan?
30

¡Ay! ¡qué es el sueño de la muerte el suyo!

Y lo duermen los hijos de la Fama,

Y Babel y Palmira,

Y contigo ¡oh Cartago!

Que el Beduino galopando insulta,
35

Tu funesta rival también lo duerme.

A esclavitud, asolación y muerte,

¡Oh Roma! condenada desde el punto

Que la virtud antigua

Y severas costumbres
40

Mofando, el oro y fútiles arreos

Cual sierva persiana apeteceste.

Hacia ti con deseos criminales

La su vista de águila volviera

Entonces de las Galias
45

El domador, cual mira

Hambriento azor de la región del éter

La que va a devorar tímida garza.

¡Astro del Orión! hermoso brillas

En las noches de otoño; mas tu lumbre
50

Nuncia de tempestades

Llena de luto el alma

Del labrador, que en torno el duro lecho

Enjambre ve de nudos parvulillos.

Mensajera de mal la estrella Julia
55

Así de Italia apareció en el cielo,

Cuando el falaz caudillo

Su corazón de piedra

Cerrando de la patria al triste ruego,

El prohibido Rubicón salvaba.
60

Consternación!!! Desatentada inunda

La ítala gente la ciudad eterna;

Los padres la abandonan,

Y el héroe en quien su amparo

Creyó encontrar. «-¡Huyamos!... Do los libres,
65

»Allí Roma estará y allí la patria.»

Mas ¡ay de mí! Los libres han caído!!!

Cual rápido huracán impetuoso

Desde tu amena margen,

Oh Segre, a las comarcas
70

Tésalas vuela el dictador impío

Y victoria fatal sigue sus huellas.

Entonces fue que la indomada frente

Con la corona universal ceñida

Roma humillara al yugo:
75

Lo vio vengada Grecia,

Y un grito alzó de júbilo, que el eco

Repitió de Numancia en las ruinas.

Fue entonces que gloriosa muerte huyendo

Muerte halló infame el adalid vencido;
80

Y ¡oh baldón! imploraron

Un perdón de ignominia

Los viles campeones de la patria;

Y esclavo prosternose el orbe todo:

Mas no Catón; que de la infausta lucha
85

Un noble hierro conservara el héroe,

Y pensó «aún soy libre;»

Y contempló sin grima

A las úticas torres avanzarse

Del parricida Capitán la hueste.
90

Ni un solo acento pronunció: brumaban

Ideas de dolor su alma sublime.

La raza de Quirino

Vio envilecida; viola

De romper incapaz el nuevo yugo
95

Y el alto espíritu recobrar antiguo:

Y a su destino obedeció... Y en balde

Pensó el Liberticida entre la turba

Verle de sus esclavos:

En balde; que al impío
100

Soberano poder da acaso el Numen,

Pero el imperio de las almas nunca.

X. Mi navegación

¿Tanto afán y tan breve derrotero?

¿Siempre halagar a mercaderes sandios

Y a malvados cuestores insolentes?

¿Siempre implorar la fuerza?

No; que en mi quilla corruptora plata
5

No he de traer de las peruanas costas;

Ni he de llevar al México rebelde

Domeñadoras armas.

Y solamente al querer de mi destino

Sin ansia alguna de cambiar la suerte,
10

Lanzó joven piloto mi barquilla

Al piélago espumoso.

Al espumoso piélago, que alzando

En insana bravura a las estrellas

Mil poderosas naos, con ruina
15

Las hundió en el abismo.

Y del dulce León y el buen Carranza

Los inocentes virtuosos leños

En pos lanzara de ásperas tormentas

A las crueles playas
20

Que habitaban los hijos sanguinarios

Del Cielo y de la Tierra ¡prole impía!

Por el rayo después aniquilada

Del Padre de las luces.

¡Terrible mar! que en negros turbiones
25

Súbito al gran Jovino arrebatando,

A un escollo arrojó, donde cautivo

Gimió de un vil pirata.

¡Mas qué! ¿Y acaso en la malvada tierra

Buscaron ellos el ansiado puerto?
30

¿Y naufragios y bárbaras prisiones

No burlaron constantes?

Sí; que en su pecho el corazón tranquilo

Sintió el solaz de la inocencia: su alma

Los puros días de su edad primera
35

Corrió sin sobresalto.

Y cuando más feroz bramó la rabia

De las tormentas, cuando el dulce día

En lóbreguez velaban las espesas

Murallas de su cárcel;
40

Siempre a su vista apareció una estrella

De luz inmensa, esplendorosa, suave:

¡Estrella que jamás del ímpio alumbras

Las tortuosas sendas!

Así en el mástil de mi barca nunca
45

Enseña flote indigna; ni en su puente

Vivas suenen de mal que la virtuosa

Playa vecina espanten;

Y tu lumbre mi breve derrotero

Siempre esclarezca, y de infestadas naos
50

Siempre me aleje, y de los sitios donde

Las férreas proas guíen.

No es en la tierra el fin de mi viaje,

Y tú lo sabes: busco ¡ojalá llegue!

Busco de paz las plácidas moradas,
55

Do la verdad es reina,

Do, con balanza siempre igual, justicia

Al trabajado recto navegante

De galardón sin fin, y al criminoso

Sin fin con rayo abrasa.
60

PERDÓN, celeste Virgen,

Si a tus honestos labios

Arrebaté de amor costoso un sí:

Si a tu inocente pecho,

Si a tus sueños tranquilos
5

Turbé la calma plácida, perdón.

Yo te adoré: y un ara

De purísimo culto

En el seno del alma te erigí;

Que ni mi ardiente boca,
10

Ni mis ojos de fuego,

Ni un pensamiento vago profanó.

¡Yo te adoré a ti sola!

Y ledo ya tejía

Nupcial corona para orlar tu sien:
15

Mas de repente en punzas,

En punzas venenosas

Vi tornarse en mis manos cada flor.

¡Lejos, fatal guirnalda!

De la dicha renuncio,
20

Si al bien que adoro llanto ha de costar:

De mi dolor el cáliz

Apuraré yo solo:

Sé tú feliz ¡oh amada! y pene yo.

¡Sé tú feliz!... Del pecho
25

La infausta imagen borra

De quien más que amador tu amigo fue;

Y en urna funeraria

La triste llama ahoga,

Llama primera que en tu seno ardió.
30

Sin una pobre choza,

Sin un árbol antiguo

A cuya sombra el cuerpo adormecer,

Yo arrastraré mi vida,

Como torrente inútil
35

Entre jaras y breñas corre al mar.

Mas solitario, errante

Entre agitadas olas,

So el templo santo, en desesperada lid,

¡Oh Virgen! donde quiera
40

Al ánima afligida

Dulzura tus memorias llevarán.

Y cuando al fin mi espíritu

Las odiadas cadenas

Rompa que le atan al arcilla vil;
45

Y sus alas despliegue,

Y a volar se aperciba

A la eterna mansión del Sumo Bien;

¡Ángel mío! en los coros

Yo esperaré encontrarte
50

Que himnos santos entonan al Señor;

Y a tan plácida idea

Sobre el muriente labio

Sonrisa celestial florecerá.

XII. Colombo

POR los dudosos mares do insepultos

Vagan aún de Atlántida los hijos

Iberas quillas de Liguria un hombre

A ignotas playas conducía: el Héroe

Sentado en el alcázar, ya los ojos
5

Al último confín del horizonte

Giraba, ya a las páginas del cielo.

No era temor: ligeras, vagas dudas

(Que siempre al débil hombre un Dios envía)

Su corazón brumaban; cuando el Padre
10

De las ondas Océano en calma breve

Su ventoso escuadrón encadenando,

Agorero de bien, así le dijo:

«Anímate y alienta, imperturbable

Varón: cercano estás de tu derrota
15

Al fin ansiado: ¡anímate y alienta!

Pronto a tu vista desdoblado el mundo

Será: de Iberia el estandarte pronto

Sobre Aleghány flotará y los Andes;

Y con temor atónito el Indiano
20

Del león de España escuchará el rugido.

»¡Loor a ti, caudillo ilustre! ¡Excelsa

Nación, loor a ti, que de naufragios

Despreciadora altiva, y de la muerte,

A la empresa clarísima te arrojas!

25

Mi braveza temieron las naciones,

Y mis vías inciertas de escondidos

Escollos esparcidas y de monstruos,

Y por rabiosos vientos agitadas:

Tú, sola audaz, y fuerte y generosa,

30

Del inglorioso sueño en que yacía

Me despertaste y me pediste paso.

En los Genios oceánicos el gozo

Tu acento derramó; que no sus aras

Ya desiertas serán, ni el europeo
35

Navegador desdeñará su culto.

»¡Prosperidad y gloria te acompañen!

Esas que encontrarás regiones vastas

De gratitud yo te las doy en muestra,

Y a las mentidas de Hércules columnas
40

Las trabaré con poderoso nudo

Que durará -mientras lo quiera el hado.

»Será tal vez que se deshaga o rompa;

Será tal vez que del hispano trono

El estandarte de oro prez de Otumba
45

Desparezca y el cetro de los Incas:

Pero siglos y siglos la aureola

Con que la Iberia ahora se enguirnalda,

Esplendorosa brillará, y de pasmo

A las edades llenará remotas.
50

»Cual víbora rastrera, que del suelo

No es poderosa a levantarse, ardientes

Ojos de muerte llenos a la Reina

Del aire vibra en vano, y de despecho

Silba y de rabia; espíritus villanos,
55

Ignoble raza de envidiosos pueblos

Tachar querrán la esclarecida hazaña

Que no supieron intentar; y vicios

Achacarán de un vil aventurero

O de un torpe soldado... a un pueblo todo
60

Con indigno placer y siempre en balde.

Así del sol en la órbita esplendente

Un oscuro mortal máculas busca,

Y en su eje de diamante fijo en tanto

Mares de luz en derredor esparce
65

El monarca del día, y al mezquino

Que le miró deslumbra y le confunde.

»Mas vos, Americanos, prole hispana,

¿Vos también a injuriar sois atrevidos

La madre antigua? Aquestos que en su tumba
70

Padres vuestros reposan, ¿olvidasteis

Que del Ebro en las márgenes y el Betis

El aliento de vida respiraron

Por la primera vez? ¿que la cabaña

Se muestra aún, do madres españolas
75

Sus pobres cunas con amor mecieron?

¡Oh Americanos! ¡no ultrajéis a España!

Si crueles no queréis ya ser sus hijos,

Volved la vista en derredor, y al menos

No en vuestras almas gratitud se apague.
80

»Esos campos, un día hórridas selvas

Do víctimas humanas ofrecidas

En culto impío a impíos dioses fueron,

Ella en felices campos convertía

Que ahora surca el labrador tranquilo,
85

Y virtuosa familia en ellos vive:

Ella elevaba esas ciudades vuestras,

Y para darlas acción y vida

Se desangraba, y de sus propios hijos

Quedó huérfana y sola. ¿Quién primero
90

Que ella erigió de Cristo los altares

En vuestro suelo, do la ley de vida

Grabada, y ley de amor, los indianos

Feroces pechos ablandó? De entonces

No entonó más el cántico de muerte
95

Triste guerrero que en la lid cayera;

Ni en crujir espantable humanos miembros,

Calientes todavía y palpitantes,

En bárbaros festines clamorosos

Tragados fueron con horror. De entonces
100

Vírgenes gracias del pudor el velo

Cubrió, y el velo del pudor encantos

A las vírgenes gracias añadía.

Arrebatado goce y fugitivo

No fue ya más amor, fue de las almas
105

Deleite celestial, magia inefable;

Y un acento fugaz, un descuidado

Dulce mirar, una memoria vaga

Endulza los pesares de una vida:

No más de su aflicción el vaso apura
110

Desconsolado el hombre; que en el fondo

Le pone siempre Religión amable

Una gota de miel, que es la esperanza.

»¡Oh Americanos, acatad a Iberia!

Sed de gloria, ambición, hambre del oro,
115

Temor de la cuchilla levantada

Sobre vuestras cabezas por delitos

O por virtudes en el viejo Mundo

¿Do un sitio hallar para pasiones tantas?

¡Ved! España os lo muestra; ella el camino
120

Vos abre; la seguid... ¿Quién son aquellas

Popas que adorna asiático trofeo?

¡Íncultas Lusitanas! yo os conozco:

Dejáis altivas, como el sol, la aurora,

Y en el ocaso dormiréis... De Galia
125

Esotros leños son: argollas llevan

Para aherrojar Haiti... ¿Oís? Rompidas

Por africanas manos ora caen...

¡Cuál las proas británicas se lanzan

De libertad y poderío fieras!
130

¡Albión! ¡Albión! raza de héroes

En tus quillas escondes: de Washington

Y de Franklin vas a plantar el germen;

Vas a plantarle en las comarcas, donde

Cual ciervo de los bosques vagueaba
135

El cazador salvaje, y los celestes

Custodiadores del país inmenso

Los ángeles lloraban sobre el hombre

Cual fiera entre las fieras confundido.

¡Salud, modelos de virtudes patrias!
140

Mas, sin aquella que os mostró la senda,

Grande nación y generosa, ¿en dónde

El sublime edificio ora se alzara,

Que en robustos cimientos sostenido,

Incapaz de imitar admira Europa?

145

Morada augusta, por la cual olvida

Los siete Montes y el sagrado Tíber,

La, que de Roma esclavizada huyendo,

Noble mujer en la riscosa Helvecia

Por almas hospedada virtuosas,

150

Solamente tenía un rudo albergue...

Pero en oscuridad están veladas

Esas palabras para ti: prosigue

Ya la sublime empresa, oh generoso:

Impelerán mis Náyades tus popas;
155

Y a los propicios orientales vientos

Yo las cadenas soltaré... ¡Pudiese,

Pudiese así! ¡oh dolor! los envidiosos

Indignos hierros quebrantar que un día...

¡Oh Colombo! ¡Colombo! de la humana
160

Vida son breves las más fieras cuitas,

Mas sigue al grande eternidad de gloria!»

Notas

NOTA I.

INDUDABLE parece que la razón ganaría no poco en la moderna poesía si de ella se desterrase el consonante. Yo empero, iniciado apenas en los misterios de las Musas, me guardaré bien de querer echar un abuso convertido ya en arraigada costumbre. Al contrario, en gracia de los filo-rítmicos, y puesto que en estas poesías hay solo una con versos aconsonantados, me arriesgo a poner aquí como el único que en mi vida he hecho el siguiente:

SONETO

¿Ves, Gil, un hombronazo allí sentado,

De faz profana, en sayo penitente,

Tragar la torta y chocolate ardiente

Que la devota Flor le ha presentado?

Mírale bien: el Egoísmo ha hinchado

Su panza; Estolidez hundió su frente;

Y afectos torpes arden la impudente

Llama de su mirar: ese es Conrado.

Nueve horas largas a la paz dedica

De un sueño estrepitoso; cinco yanta;

Cuatro en el seno de hembra corrompida

Se revuelca; y moral que no practica,

Con bronca voz las otras seis decanta:

¡Qué piadoso varón! ¡Qué santa vida!

NOTA II.

El cólera-morbo asiático.

Para la mejor inteligencia de esta oda ténganse presentes bajo un golpe de vista los siguientes hechos aunque sobradamente conocidos. El cólera-morbo pasó a Europa con los

ejércitos rusos que volvieron de Persia. Ya estaba entonces encendida la guerra de Rusia con la Puerta, y continuó con estrago. Estallaron poco tiempo después los movimientos de julio en París, e instantáneamente las turbulencias de los mal aconsejados Belgas y la revolución de un pueblo generoso y engañado. El sacudimiento de los tronos europeos se hace sentir en América: viene un Monarca fugitivo a la tierra de sus padres, y ha de dormir bajo el techo del extranjero. Se apresta para la lid, y va en busca de su contrario. Los dos combatientes están ya en la arena: el vencedor será tal vez un fratricida. No son opiniones políticas las que han dictado el final de esta oda: son los afectos que, bajo cualquier creencia política o religiosa, la naturaleza ha inspirado siempre a los corazones tiernos.

NOTA III.

Bien fuiste tú entonces, oh Burgos testigo.

ESTA y las siguientes estancias hacen alusión al siguiente pasaje de nuestra historia:

«Los caballeros de Castilla se juntaron en la ciudad de Burgos para acordar lo que se debía hacer. La resolución fue de recibir a don Alonso por rey de Castilla, a tal que jurase por expresas palabras no tuvo parte ni arte en la muerte de su hermano don Sancho. Don Alonso avisado desto se partió para aquella ciudad. Los más de los que presentes estaban se recelaban de tomarle la jura, por pensar lo tendría por desacato, y para adelante se satisfaría de cualquiera que lo intentase. Solo el Cid, como era de grande ánimo, se atrevió a tomar aquel cargo y ponerse al riesgo de cualquier desabrimiento. En la iglesia de Santa Gadea de Burgos le tomó el juramento, que en suma era, no tuvo parte en la muerte de su hermano, ni fue della sabidor; si no era así, viniesen sobre su cabeza gran número de maldiciones que allí se expresaron... Disimuló el Rey por entonces el desacato; mostrose alegre y cortés con todos, como el tiempo lo pedía, pero su pecho gravemente ofendido contra el Cid, como los efectos claramente le mostraron.»

MARIANA, lib. IX, cap. X.

«Por el mismo camino los nobles y caballeros se encendieron contra él (el Cid) en una nueva envidia: procuraban abatir al que más aina debieran imitar; armábanse para esto de calumnias y cargos falsos que le hacían; torcían sus servicios y sus palabras. No era dificultoso salir con su intento, por estar el Rey de tiempo atrás disgustado.

»Acordaron saliese desterrado del reino, sin dalle más término de nueve días para cumplir el destierro. No se atrevió el Cid a contrastar con aquella tempestad: encomendó su mujer y hijos al abad de San Pedro de Cardeña.»

ID. lib. IX, cap. XI.

NOTA IV.

Ignoble raza de envidiosos pueblos, etc.

Los filosofadores franceses son los que más han declamado contra los horrores cometidos por los Españoles en América. Pero nosotros podríamos a nuestra vez preguntarles, ¿qué dulce y apacible trato excitó la sangrienta venganza de los Negros de Santo Domingo, cuando las colonias españolas se mantenían todavía tranquilas debajo el férreo yugo de la Metrópoli? Y en tiempos más de nuestros días, en tiempos más alumbrados que el bárbaro siglo XVI por el resplandor de una filosofía humana y tolerante, ¿qué han hecho los organizadores de pueblos, los regeneradores de naciones, los predicadores de filantropía, hordas esclavas con bandera democrática? ¿qué han hecho en España que los hospedada como amigos, en Italia, en Alemania, que a fuer de vencidas y conquistadas los acogían? El mundo lo sabe!!!

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

